

# Históricas Digital



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

“Introducción”

p. 15-20

Laura O’Dogherty Madrazo

*De urnas y sotanas. El Partido Católico Nacional en Jalisco*

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

2001

318 p.

Figuras

ISBN 970-18-5177-3

Formato: PDF

Publicado en línea: 27 de mayo de 2020

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/387/partido\\_catolico.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/387/partido_catolico.html)

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## Introducción

El 7 de mayo de 1911, el periódico *El Tiempo* anunció la fundación del Partido Católico Nacional y, en las semanas siguientes, otros diarios publicaron notas sobre su rápida difusión en el Estado de México, Jalisco, Aguascalientes, Zacatecas, Puebla, Michoacán y Guanajuato.<sup>1</sup> Sus dirigentes hicieron pública la intención de agrupar a los ciudadanos como creyentes, reconocían que el programa del partido se inspiraba en las enseñanzas de León XIII y que su esfuerzo estaría encaminado a lograr que el gobierno y el Estado se rigieran por los principios de la civilización cristiana. Para ello, se declaraban dispuestos a utilizar los medios previstos en la legislación para garantizar las libertades religiosa y de enseñanza, y aplicar a “los modernos problemas sociales [...] las soluciones que el cristianismo suministra”.<sup>2</sup>

La noticia fue recibida con sorpresa y provocó conmoción en el medio político. Después de la amarga experiencia del Partido Conservador y de más de tres décadas de ausencia de asociaciones políticas católicas, conocidos caballeros de la capital y de algunas ciudades de provincia se manifestaban resueltos a luchar por el poder enarbolando como bandera la defensa de los principios cristianos. Aunque Francisco I. Madero festejó su fundación y aseguró que se trataba del “primer fruto de las libertades que hemos conquistado”,<sup>3</sup> otros jefes revolucionarios consideraron que el partido amenazaba dichas libertades. En Guadalajara, por ejemplo, Tomás Rosales, del Partido Independiente, calificó al Partido

<sup>1</sup> Correa, 1991, p. 80.

<sup>2</sup> Partido Católico Nacional, 1911 (a).

<sup>3</sup> Telegrama de Francisco I. Madero al centro nacional del Partido Católico Nacional, 24 de mayo de 1911, Texas, Banegas Galván, 1960, p. 50.

Católico de “exótico” y “peligroso”,<sup>4</sup> y Eduardo J. de la Torre, del Club Antirreleccionista Miguel Hidalgo, presidió la fundación del Partido Liberal Rojo cuyo objetivo era combatir al Católico Nacional.<sup>5</sup> Además, importantes diarios lo identificaron con el extinto Partido Conservador y argumentaron que su existencia ponía en peligro la independencia nacional. Lo acusaban de ser instrumento del clero y de poner en riesgo la libertad de sufragio dados el fanatismo del pueblo y el poder de la Iglesia.<sup>6</sup>

La oposición no sólo provenía del campo liberal. Muchos católicos, en particular importantes sectores de la jerarquía eclesiástica, lo “vieron con extrañeza mezclada con temor” y se preguntaron, según testimonio de un canónigo de Michoacán,

¿Qué van a hacer estos hombres [...] que, rompiendo añejas tradiciones se presentan en la lucha en donde nos habían alejado veneradas enseñanzas? ¿No tenemos acaso lo bastante para que viva y crezca la Iglesia, en el estado de cosas creado por la prudencia de los ancianos y por la del hombre extraordinario que nos dio los treinta años de paz, la cual, interrumpida por esta agitación pasajera [...] puede perpetuarse por muchos años? ¿No ven que su presencia en el campo del combate exaspera al enemigo?<sup>7</sup>

<sup>4</sup> *La Gaceta de Guadalajara*, 12 de junio de 1911, p. 1.

<sup>5</sup> El Partido Liberal Rojo fue fundado, como filial del Antirreleccionista, por Merced J. Cedano, directivo de la Liga de Libre Pensadores, quien gozaba de cierta influencia política por ser correligionario del secretario de gobierno de Gutiérrez Allende, y por Eduardo J. de la Torre, miembro del Club Valentín Gómez Farías (*La Gaceta de Guadalajara*, “Instalación de un nuevo partido”, 9 de junio de 1911, p. 1).

<sup>6</sup> Por ejemplo: *El Heraldo Mexicano*, “El Partido Católico Nacional y los Intransigentes”, 3 de junio de 1911, p. 1; “El licenciado Querido Moheno opina sobre la palpitante cuestión del partido político”, 29 de mayo de 1911, p. 1; y “Vida política. Partido clerical en acción”, 16 de junio de 1911, p. 1. *El Diario*, “El Partido Político Católico. ¿Será una fuerza nueva para la Democracia?”, 23 de mayo de 1911, p. 1; y “Propaganda del clero”, 9 de junio de 1911, p. 1. *El Ahuizote*, caricatura “La Cruz Negra”, 3 de junio de 1911. *El Diario del Hogar*, “El Partido Conservador. Alerta liberales”, 21 de mayo de 1911, p. 1.

<sup>7</sup> Banegas Galván, 1960, p. 11.



El partido se organizó con rapidez y, para mediados de 1912, contaba con 580 centros locales concentrados en Jalisco, Michoacán, Puebla, Guanajuato, el Estado de México y Zacatecas, pero con filiales en la mayoría de los estados de la República.<sup>8</sup> A su difusión correspondieron importantes triunfos políticos y electorales. Durante el régimen de Madero logró su reconocimiento legal como asociación política, 26 curules en el Congreso Federal, los gobiernos de Jalisco y Querétaro, y una significativa presencia en los ayuntamientos y congresos de Guanajuato, Jalisco, Michoacán, Puebla, Aguascalientes y Zacatecas. Además, durante el huertismo conquistó los gobiernos de Zacatecas y el Estado de México, y algunos de sus más destacados directivos ocuparon importantes cargos en la administración. Sin embargo, su actuación fue breve. En enero de 1914 prácticamente había desaparecido y, a diferencia de organizaciones análogas en Europa y América Latina, que tuvieron un gran desarrollo después de la primera guerra mundial, en México la experiencia no se ha repetido.

Este libro pretende reconstruir esta breve pero interesante experiencia política. Busca responder, primero, a las características de la organización: programa, base social y mecanismos de movilización política y su relación con el mundo católico: jerarquía, clero y asociaciones de seglares. Segundo, la génesis del proyecto y las circunstancias de su fundación. Tercero, la relación del partido en Jalisco con otros centros de la República, en particular, el centro general de México. Y, por último, su actuación durante los gobiernos de Francisco León de la Barra, Francisco I. Madero y Victoriano Huerta.

La primera sorpresa al iniciar la investigación fue la escasez de bibliografía. A los trabajos cuasi testimoniales de Eduardo Correa y Francisco Banegas Galván, escritos en los meses posteriores al derrumbe del partido, siguió un prolongado silencio.<sup>9</sup> A pesar de la abundancia de trabajos consagrados a la Revolución mexicana, excepto los recientes libros de Jorge

<sup>8</sup> ASV, Arch. Deleg. Ap. México, carpeta 29, fasc. 96, ff. 1-116.

<sup>9</sup> Correa, 1915 y 1991; y Banegas Galván, 1960.

Adame Goddard y Manuel Ceballos,<sup>10</sup> muy útiles para reconstruir el origen del partido, la organización católica sólo había merecido unas cuantas líneas. La historiografía que veía en la Revolución un movimiento agrario y popular se limitaba a afirmar que el Partido Católico Nacional era una asociación formada por terratenientes, instrumento pasivo de la jerarquía católica, cómplice de la muerte de Francisco I. Madero y fiel colaboradora de Victoriano Huerta.<sup>11</sup> Algunos trabajos revisionistas matizaban dichas afirmaciones, pero sin abundar en la cuestión.<sup>12</sup> Tampoco las obras de autores católicos aportaban mayores detalles. La mayoría se limitaba a subrayar su carácter laico y a negar toda participación católica en el régimen de Huerta.<sup>13</sup> La falta de interés podría obedecer, primero, a que, tras la restauración de la República, la Iglesia parecía haber desaparecido del escenario político o, por lo menos, había disminuido el interés de los historiadores por descubrir su presencia. En segundo lugar, debido a que, después de la dolorosa experiencia de la guerra cristera, las autoridades políticas y religiosas consideraron preferible omitir cualquier mención a la participación política de los católicos. En tercer lugar, a que la historiografía de la Revolución ha privilegiado su aspecto armado o de reforma social sobre el estudio de la experiencia democrática impulsada por el régimen de Madero. Por último, los registros del Partido Católico Nacional desaparecieron y, hasta hace algunos años, los archivos eclesiásticos o de personajes ligados a la organiza-

<sup>10</sup> Adame Goddard, 1978; y Ceballos, 1991.

<sup>11</sup> Véase los trabajos de revisión historiográfica de Bailey, 1978; Vanderwood, 1989; y Knight, 1989.

<sup>12</sup> Meyer, 1983.

<sup>13</sup> Por ejemplo, la obra de Aquiles Moctezuma, seudónimo de los jesuitas Eduardo Iglesias y Rafael Martínez del Campo (1960), veía en el Partido Católico una organización ajena a la jerarquía. De manera análoga, Luis J. de la Peña (1965) y el jesuita José Gutiérrez Casillas (1981) negaban la relación y atribuían el anticlericalismo constitucionalista a una combinación de liberalismo, protestantismo y masonería. En cierta medida, trabajos posteriores de corte académico retomaron algunos aspectos de esta línea de argumentación. Por ejemplo, Jean Meyer (1973) y Francis Wakeley (1974) constituyen un buen ejemplo de los trabajos que minimizan la relación del Partido Católico Nacional con la jerarquía, y de ambos con el régimen de Huerta. Una excepción sería la *Historia de México* de José Bravo Ugarte (1953), que aporta datos de los triunfos electorales y hace un recuento de las iniciativas de ley impulsadas por el partido.



ción eran inaccesibles, e incluso ahora son escasos y, salvo honrosas excepciones, su acceso resulta difícil y azaroso.

La segunda sorpresa fue la escasez de fuentes. Junto con los acervos documentales de carácter oficial, son accesibles sólo los archivos de personajes ligados a la organización en Jalisco: Miguel Palomar y Vizcarra, y Eduardo Correa. Esta situación me obligó a limitar el estudio a Jalisco, aunque buscando establecer relaciones con su situación en el país.

Si bien al centrarse en Jalisco se perdía la visión de conjunto, el caso ofrecía enormes atractivos. Primero, la entidad puede ser considerada como el laboratorio del Partido Católico Nacional: su difusión, nivel de organización y éxito electoral superaron por mucho los de cualquier otra región del país. Para octubre de 1912, sólo un año y medio después de su fundación, el partido gobernaba los municipios de mayor importancia, salvo Guadalajara y Lagos de Moreno, dominaba el congreso local y su candidato era gobernador.

Segundo, Jalisco permitía estudiar al partido de acuerdo con el propósito manifiesto de sus dirigentes: luchar en el terreno electoral, según las reglas del régimen liberal, por la defensa de los intereses de los católicos y de su Iglesia. La revolución maderista en Jalisco se caracterizó por una limitada participación de contingentes armados, y los sectores medios y privilegiados fueron capaces de contener el movimiento popular y preservar el orden social. La fractura del régimen se tradujo en una sorda disputa por el control político del estado entre los sectores medios y privilegiados, disputa que se expresó como lucha ideológica entre católicos y liberales, y en la que la competencia electoral desempeñó un papel relevante.

Una primera versión del trabajo fue presentada como tesis doctoral en El Colegio de México. Como en esa ocasión, deseo expresar mi agradecimiento a las personas e instituciones de quienes recibí apoyo y consejo. A Romana Falcón, directora de la tesis, y a mis profesores y compañeros del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, quienes me enseñaron mucho más de lo que imaginan. Asimismo, a todos los que participaron en los seminarios organizados para discutir el proyecto y se interesaron en el desarrollo de la



investigación. Mi reconocimiento también va dirigido al Colegio Mexiquense y al Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, que me proporcionaron una filiación institucional y me ofrecieron un agradable espacio de trabajo.

También quisiera agradecer a quienes hicieron posible el acceso a archivos particulares y eclesiásticos, y a mis amigos de Guadalajara, quienes me brindaron su hospitalidad y colaboraron en la investigación.

Santiago Tepetlapa, 4 de diciembre de 1999